

la Revista

para leer en verano

DOMINGO 12 DE SEPTIEMBRE DE 2004



LITERATURA

Relatos de verano

HOY:

► **Stormy weather**, de Roberto Rodríguez. ► **La noche de Skylab**, de Juan Bonilla. ► **Último travelling**, de Alberto Omar Walls. ► **Usted estuvo en San Diego**, de Eduardo González Viaña. ► **Amor a la distancia**, de Edmundo Paz Soldán.

SUPLEMENTOS INTERIORES



EL RASTRO DE ÁVILA

Información económica,
empleo, formación...

Suplemento de 16 páginas

RELATOS DE VERANO

"Algo malo va a pasar; sí, lo presiento. Los negros presagios ya los tuviste un par de veces antes y en ambas ocasiones no ibas desencaminado. Lo que no sé, eso nunca se sabe, es en quién habrá puesto sus ojos la desgracia", de esta forma inicia Roberto Rodríguez un delicioso y vital relato... ignora a quién esta noche le tocará la negra.



Stormy weather

por Roberto Rodríguez

ALGO malo va a pasar; sí, lo presiento. Los negros presagios ya los tuviste un par de veces antes y en ambas ocasiones no ibas desencaminado. Lo que no sé, eso nunca se sabe, es en quién habrá puesto sus ojos la desgracia. La primera vez que intuí que la adversidad se cernía sobre alguno de nosotros, pensé que al calavera de mi primo Álvaro le coserían a puñaladas en una casa de putas; pero luego resultó que quien lió el petate fue el pobre Carlitos; en vísperas de cantar misa tiró por la calle de en medio al quebrantarse el alma. ¡Quién lo iba a decir!... ¿Y recuerdas cuando, al poco de aquello, percibiste el hedor que despedía el futuro? Ya no me atreví a poner rostro al que se encontraba en peligro; aun así, ni por lo más remoto hubiera pensado que ese rostro era el de Marta, siempre a vueltas con que debía llevar una vida sana, y a la que descubrieron, a la mañana siguiente, un nido de ratas en

el páncreas... En fin, ignora a quién esta noche le tocará la negra. Por poder, pudiera ser a mí. Soy consciente de que el tabaco y el alcohol me están pudriendo las entrañas; sé que, tarde o temprano, un joven médico, enjuto y barbilampiño, con un estetoscopio al cuello como símbolo del escrupuloso hacer del carnicero culto, me ocultará con buenas palabras que los que me odian a no mucho tardar perdonarán los pecados que nunca cometí. Quizá no llegue ese día; quizá esta misma noche mi corazón se quede mudo después de tanto hablar en vano. Es cierto que me gustaría dejar de beber y de fumar, y no por dar paz a mi hígado y a mis pulmones, sino porque significaría que me habría convencido de que la razón está de parte de ellos, de los que no

ven, como yo, la vida como un juguete, poco menos que inservible, en manos de esa criatura soberbia e insaciable que es la eternidad...

- ¿Te ocurre algo, cariño?

En la madrugada, en verano, la pequeña ciudad llora lágrimas amarillas atadas al aire. En la madrugada, en verano, la pequeña ciudad no llora, aunque lo parezca, lágrimas amarillas atadas al aire, son el reflejo de otras lágrimas que, en la oscuridad de un dormitorio que huele a gatito soñoliento y a gotera de latón, resbalan por la piel raída de la anciana solitaria que añora a su difunto marido, ese que no le dirigía la palabra; lágrimas que caen de los ojos del marica al terminar de masturbarse pensando en un poema de azahar y pólvora y rima asonante; lágrimas que corren por las venas, lágrimas de sangre y cucharilla de postre, del yonqui al recordar la nana que le cantaba su mamá: madre traidora, madre querida; lágrimas verdaderas todas que se reflejan en falsas lágrimas que iluminan los adoquines que acaricia el borracho al despedirse para siempre jamás.

- ¿Te preparo una manzanilla o un poleo?

“ Quizá no llegue ese día; quizá esta misma noche mi corazón se quede mudo después de tanto hablar en vano. Es cierto que me gustaría dejar de beber ”

Roberto Rodríguez

El escritor abulense Roberto Rodríguez cuenta con numerosos galardones literarios entre los que destacan el VI Premio Nacional de Narrativa de la Asociación de la Prensa de Ávila, con la obra *La perla vida de Luis Caro Villegas, alias El Culebra*, y otros *alivios*. Colaborador de *Diario de Ávila* y miembro del Consejo de Redacción de *El Cobaya*, es coautor, junto a Carlos Aganzo y José María Muñoz Quirós, del texto del libro de fotografía *Momentos. Ávila*



inédita, de José Luis Díaz Segovia. También ha publicado cuentos en varias revistas de creación literaria como: *Paredón poético, Islas extrañas, Etcétera, Caldo de cultivo, El Ateneo del Norte, Carcaramusa* y *Prima Littera*, entre otras



“ El mal augurio nunca llama a la puerta. De pronto lo ves allí, sentado en la silla que trajiste de la casa de tu tía abuela ”

El mal augurio nunca llama a la puerta. De pronto lo ves allí, sentado en la silla que trajiste de la casa de tu tía abuela, la soltera; de esa señora de moño amarillo de la que eres incapaz de recordar su nombre llamándose María y que te sonreía con sonrisa de cadáver plácido y desdentado. Pero tú no te preocupes, Lucía; nadie vendrá a por ti. Tu jovialidad, estúpida y sonriente, de nube de algodón nacarada, te hace inmune a los caprichos de ese niño cursi y bello, sabio y blasfemo, que es la muerte. Tú te irás de este mundo centenaria mientras duermes, con un rictus de felicidad, oyendo a lo lejos la voz de un locutor que retransmite un partido de fútbol o los consejos de un hombre para después del afeitado... Quién te ha visto y quién te ve, Lucía. Todas las muchachas envidiaban que no hubiera chaval que no aspirase a pasear junto a ti, bordeando el río, conversando calladamente, como conversan

los amantes viejos. Y ahora, gorda y fea, sólo hablas para escupir chismes y fábulas que a nadie importan y únicamente eres capaz de inspirar un noble sentimiento, el de la caridad. Lucía, te dejé de amar hace mucho tiempo amándote en el recuerdo...

- No; no quiero nada, Lucía.

En la madrugada, en verano, en la pequeña ciudad, hombres y mujeres viven otra vida que la que viven de día; unos en sueños, otros en bares de camareros que no ven que les llegue el momento, también, de evadirse por unas horas de su mediocre existencia. Se levanta el telón y aparecen en el nebuloso escenario albañiles que persiguen el santo Grial, señoras en zapatillas pelando la pava con galanes que lucen bigotito demodé, oficinistas que rehacen su monótona biografía a partir de ese instante que cam-

biaron su reino por un plato de lentejas, cobardes envalentonados con mosquitos convertidos por la sed en gigantes dragones alados. Al acabarse la función, una voz grave y profunda, surgida de no se sabe dónde, informará al patio de butacas, vacío y polvoriento, del tiempo que nos espera para hoy.

- Con lo que bebes no me extrañaría nada que el día menos te quedaras en el sitio... ¿Seguro que no te encuentras mal? Porque dime, si no, qué narices haces levantado.

- Anda, acuéstate. Al final terminarás por revolverme.

- No sé cómo lo haces, pero cada día que pasa eres más borde, hijo. ¡Cualquiera diría que eres la misma persona que hacía lo que hacía para conquistarme! ¡Todavía recuerdo cuando tu madre me dijo que habías intentado suicidarte porque habíamos roto!

- Siempre estás con lo mismo; pareces un disco rayado.

- Bueno, bueno... ¿Ha llegado ya Gelito?

- No lo sé; la verdad.

- Gelito está muy raro, ¿no crees? Sospecho que ha reñido con Yoli. A mí no me gusta nada esa chica; todo lo que tiene de guapa lo tiene de presumida. Quizá lo mejor sea eso, que cada uno se vaya por su lado y aquí paz y después gloria. ¡Con tal de que al niño no le afecte en sus estudios!... ¿Por qué pones esa cara? Parece que hayas visto al mismísimo diablo... Mira, el ascensor ha parado en este piso... A ver... Sí, sí, es Gelito, no hay duda, nada más hay que oír cómo anda...

- Ya soy mayorcito para que me esperéis despiertos, ¿no?

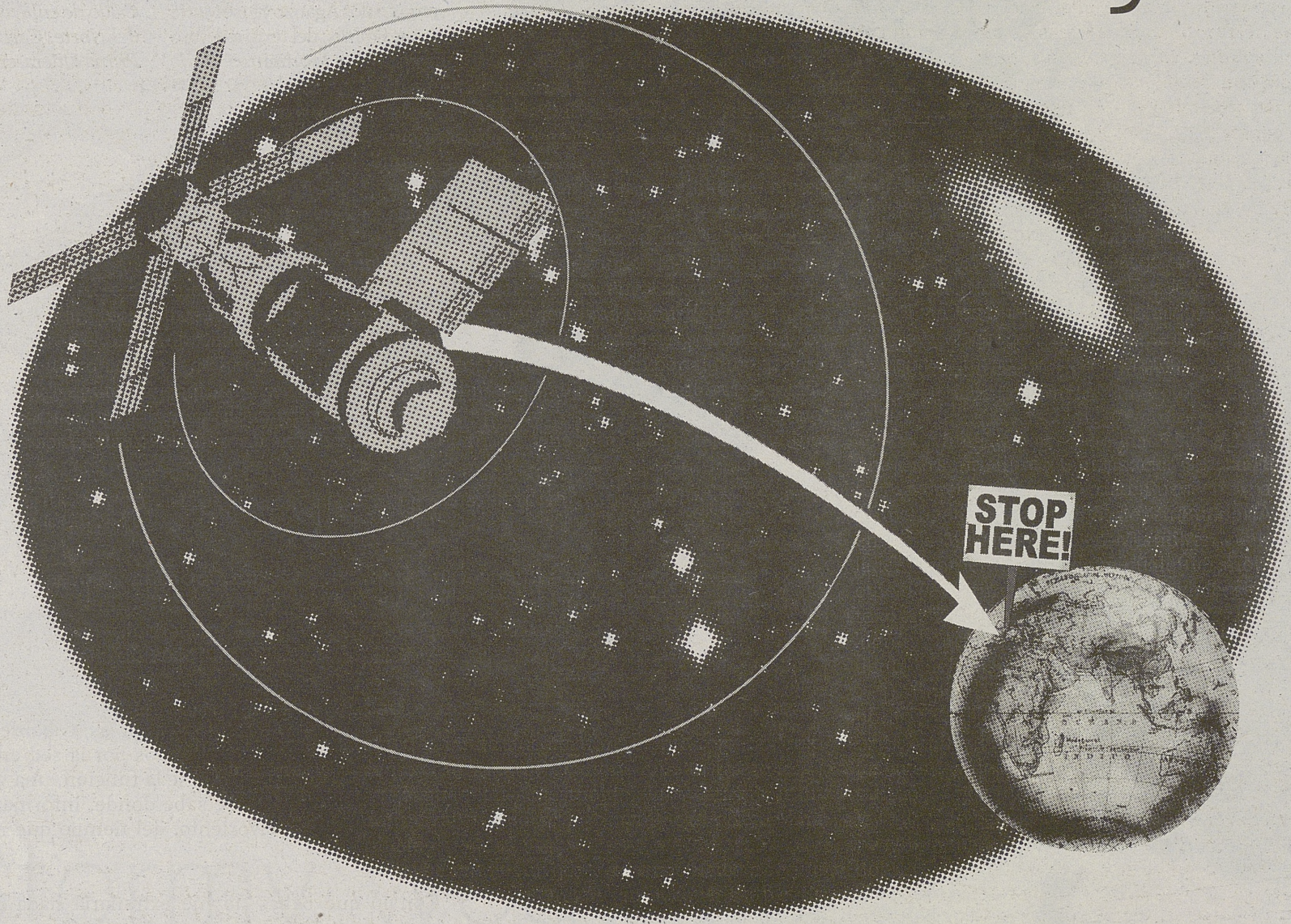
En la madrugada, en verano, el cementerio de la pequeña ciudad huele a bellas flores ajadas que rinden tributo silencioso al irremediable silencio. En la madrugada, en verano, en el cementerio de la pequeña ciudad vuelan pájaros de papel bautizados con nombres dorados. En la madrugada, en verano, en el cementerio de la pequeña ciudad duermen su último sueño los suicidas, con la huronera que los hurones de la desesperación cavaron súbitamente en su cráneo o con el hígado inflado por el viento perezoso de la melancolía (es falacia admitida que el suicidio es siempre acto repentino e impensado).

En la madrugada, en verano, en la pequeña ciudad llueve de nuevo.

RELATOS DE VERANO

El Skylab era una astronave sin tripulación que la NASA había puesto en órbita. Tras dos años de girar alrededor de la Tierra quedó a la deriva. La nave si no se descomponía en una nube de tornillos al atravesar la atmósfera, caería en algún punto del planeta. En Hisopo, una pobre y pequeña aldea a 200 kilómetros de la Habana, sus ancianos habitantes decidieron sacar en procesión a la Virgen de la Sierra. No les sirvió de nada

La noche del Skylab



FERNANDO VICENTE

por Juan Bonilla

El Skylab era una astronave sin tripulación que la NASA había puesto en órbita baja para recaudar no sé qué noticias sobre el espacio exterior. Llevaba ya dos años surcando la oscuridad del espacio, dando vueltas alrededor de la tierra, cuando una cadena de errores la dejaron sin gobierno, a la deriva. La NASA dio la alarma apresuradamente: el Skylab se nos venía encima, caería en algún punto de la Tierra que no se podía determinar, lo mismo podía destrozarse contra un burdel de Chicago que sobre una guardería de Bangkok (si es que en Bangkok las guarderías y los burdeles no son el mismo tipo de establecimiento). Por supuesto, para paliar la culpa, la NASA estipuló astronómicas cantidades con que reparar y compensar a los damnificados por el Skylab. Por cada muerto pagaría 10.000 dólares, se haría cargo de todos los daños materiales que ocasionase su juguete averiado. Una Compañía de Seguros aprovechó la contingencia para apuntarse un tanto y avisar que en el lugar donde cayera el cohete, localizaría una campaña publici-

taria que reportaría al lugar destrozado por los restos del Skylab beneficios que, si bien no podrían acallar la tragedia de la pérdida de vidas humanas o de lesiones importantes, sin duda ayudarían a soportar esa tragedia con el analgésico de unos ingresos generosos. La NASA previó que el Skylab, si lograba derrotar la barrera de la atmósfera sin descomponerse en lluvia de tornillos incandescente, chocaría contra algún punto del planeta el 16 de julio.

En Hisopo, una aldea perdida a 200 kilómetros de la capital, los demacrados habitantes decidieron sacar en procesión a la Virgen de la Sierra. Permanecían luego rezando toda la noche en la plaza del pueblo, un redondel rodeado de esqueletos de árboles en el que apenas lucían unos bancos de madera podrida en los que ya nadie se sentaba y los harapos de unos columpios en los que hacía mucho que ningún niño se divertía. Le rogaban al cielo que acertase a derribar el Skylab sobre su pueblo, que se cobrase unas cuantas víctimas para que la NASA les concediese su indemnización. Motivados por la desesperación, aplastados por muchos años de sequía, abandonados por los más jóvenes que en cuanto pudieron huyeron a

La Habana para ejercitarse en lo que fuera, fregar suelos o pararse en las esquinas ofreciendo sexo rápido por unas monedas, habían considerado, sabe Dios por qué incomprensible mecanismo, que la caída del cohete norteamericano Skylab tenía que ver con ellos, era su salvador.

Fui a Hisopo para realizar un reportaje. En la única cantina del pueblo, una caverna de techos bajos de madera podrida y suelo de tierra seca, se avituallaban unos hombres con lo único que podía distraerles el hambre: higos secos y vino rancio. Me presenté a la montaña culminada por una gran cabeza calva que regentaba el establecimiento apoyado el codo en el mostrador de piedra con la mirada extraviada en la luz cegadora de la calle. Al devolver los ojos a las sombras de su caverna para atenderme no hubo de hacer ningún esfuerzo para adecuar su mirada, como si ésta ya se hubiese habituado a los bruscos cambios de luz o sencillamente estuviese ciego. Tenía unos ojos pequeños, dos ranuras en las que alguien había logrado colar dos monedas celestes. Al sonreírme, expuso una colección de mellas de las que debía sentirse muy orgulloso. Me dio un vaso de vino y me preguntó qué pecado había cometido para haber sido condenado al infierno de Hisopo. Se lo dije. Al pronunciar la palabra sagrada, periodista, los otros hombres que seстеaban sin gastarse en comentarios en el interior de la cantina se arrimaron hasta el mostrador. Un periodista, decían como sin dar crédito, como si yo no fuera otra cosa que un producto más de las alucinaciones del hambre. Uno de los hombres salió de la cantina a toda prisa después de decir:

“ Me pareció que se lo estaba inventando todo, que agregaba patetismo a los hechos para embaucarme...”

voy a avisar al jefe. El jefe era algo así como el alcalde de Hisopo, un anciano al que los años no le habían gastado los rasgos de niño travieso, con un hoyito en la barbilla y el cabello largo que le brotaba a dos dedos de las cejas. Me condujo hasta su casa para que habláramos más tranquilos sin los oídos atentos y las voces angustiadas de los demás interrumpiéndonos.

Miraba mi bolsa intrigado, hasta que, al entrar en su casa, no pudo más y me preguntó si llevaba cámara de fotos. Al responderle que sí, sonrió tímidamente ocultándose la boca con una mano: él no estaba orgulloso de su colección de mellas.

-Es lo único que nos queda, ese cohete es ya nuestra única esperanza, que ese cohete acierte a caer aquí, que derrumbe unas cuantas casas y muramos unos cuantos viejos para que nuestras familias puedan recibir la indemnización que los saque de esta miseria -me dijo enfatizando la voz, como si de veras estuviese pronunciando una declaración pública dirigida a los lectores de mi periódico y no al reportero cansado que tenía delante y que ni siquiera había sacado su cuaderno de notas-. ¿No trae uno de esos aparatos que graban la voz? -me preguntó después entre la indignación y el desencanto.

Quise saber de quién había sido la ocurrencia y él se enorgullecó de la autoría. Me contó

rientos vecinos de Hisopo, viejos que parecían no tener otra cosa que hacer que contarse sus arrugas o inventarse renglones en el aire, resplandeciente de la calle, cobijados en los márgenes de sombra que las casas arrojaban al suelo, fumando cigarrillos de hierba seca. Olían a podredumbre y descomposición avanzada. Apenas lograban acabar una frase, como si hubieran logrado olvidar cientos de palabras, como si aspirasen a no conservar en la memoria ya sino el rezo que por las noches repétían ante la imagen de la Virgen. No pude alcanzar conclusión alguna estrellándome contra aquella pared de años de abandono, contra aquella renuncia casi absoluta. Apenas conseguí entablar algo que merezca el nombre de conversación con los esqueletos de un par de ancianas a las que cacé en la puerta de la casa de una de ellas y que se entretenían en comer unas pipas de girasol, tal vez su único alimento. Me contaron, o creo que me contaron, que sus hijos -doce en total- fueron a probar suerte a la ciudad desde la que cada mes les enviaban algunas viandas con las que soportar el hambre. Imaginé que aquellas criaturas se ganaban la vida limpiando suelos o vendiendo sus cuerpos en las esquinas y que en verdad merecían que el cohete destruyera aquel pueblo para obtener una compensación económica suculenta que los aliviase de su vulgar tragedia.

“ Pasaron toda la noche rezando padrenuestros y avemarías, los rostros elevados al cielo estrellado ”

que una tarde, como tantas, estaba en la cantina tratando de emborracharse con el vinagre que dan allá, cuando en el aparato de radio oyó que el cohete de la NASA caería sobre algún punto no determinado de la Tierra. Y entonces se dijo ¿por qué no aquí?, ¿por qué no nos hace Dios el favor de destruirnos de un solo golpe para acortar esta agonía? Aquella noche ya salió él solo a la plaza del pueblo, contempló las estrellas y pidió en voz baja a Dios que acertase a derribar el cohete sobre Hisopo. Al día siguiente, otra vez en la cantina, otra vez tratando de mermarse la conciencia con el vinagre, oyó la buena nueva: la NASA establecía una suculenta indemnización para paliar los daños que su juguete averiado pudiera producir. Y entonces se dio cuenta, se enervó, estuvo a punto de desmayarse, se dijo: Dios me ha escuchado, ese cohete va a caer aquí y a cambio del sacrificio de unos cuantos los demás podrán vivir dignamente, podrán escapar de las garras de la miseria.

Me pareció que se lo estaba inventando todo, que agregaba patetismo a los hechos para embaucarme, para contagiarme de su espíritu mesiánico, para que yo acogiera la sensación de encontrarme ante un elegido o un profeta. No pudo evitar una sonrisa. Pero ¿cómo pudo convencer a todos los demás de que podían resultar elegidos en aquella lotería macabra y de que era imprescindible demostrarle a su Dios que estaban dispuestos a sacrificarse por salvar a sus hijos del hambre? Se encogió de hombros como si dudase de que yo estaba efectuando aquella pregunta en serio como si le extrañase que no pudiese entender o no confiase en sus dotes políticas y en su autoridad.

Traté de acercarme a alguno de los polvo-

Juan Bonilla



Juan Bonilla (Jerez, 1966) es columnista y reportero del periódico El Mundo. Reside habitualmente en Málaga. A lo largo de su vida ha publicado tres novelas (las otras son *Nadie conoce a nadie* y *Cansados de estar muertos*) y tres libros de relatos. Además ha recopilado reportajes y ensayos. Es autor de la novela corta *Yo soy, yo eres, yo es*, además de los conjuntos de relatos de *El arte del yo-yo*, *La compañía de los solitarios* y *La noche del Skylab*. También ha publicado libros de ensayos y reportajes periodísticos, así como dos poemarios: *Partes de guerra* y *El Belvedere*.

El periodista y escritor acaba de publicar *Los príncipes nubios*, obra con la que obtuvo el Premio Biblioteca Breve, en la que aborda el asunto de la emigración y de un personaje que pasa de trabajar en una ONG a traer personas que se dediquen a la prostitución.

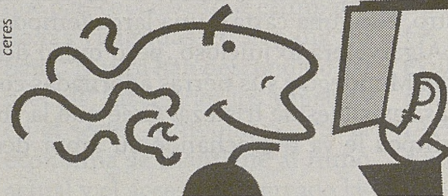
Relatos como éste se pueden encontrar en *Las gafas de Spinoza*, Ed. NH Hoteles.

-Vamos, no seas tan optimista. Seguro que no traes tanta cosa aprovechable.

Me hizo contarle mis impresiones antes de decidir si merecía la pena que me pusiera a redactar una nota. Al final el reportaje amplio que esperaba dar en la edición del domingo sufrió una jibarización y se quedó en una columna que salió en una página marginal donde se apilaban chismes, noticias graciosas, retales de todo tipo. Por supuesto no se apoyó la columna con foto alguna. Pueblo perdido en Sierra Dorada espera la llegada del Skylab. Ése era el título. Ni siquiera firmé la crónica. Para qué. La noche que cayó el cohete de la NASA, me asomé al balcón y recé un padrenuestro para acompañar a aquellos ancianos lejanos y abandonados cuya desesperación no había merecido más que un epigrama sin firma. Deseé fervientemente que Dios acertara a derribar el cohete sobre Hisopo, la arrasase, matase a quienes ya no tenían más motivo para la vida que saber que su sacrificio serviría para que sus hijos escapasen de la miseria. Pero el cura llevaba razón: Dios no iba a dejar de apretarlos, no les iba a hacer el favor de ahogarlos de un golpe. El Skylab se convirtió en una lluvia de tornillos al ingresar en la atmósfera. La mayoría de ellos cayó en el mar. Unos cuantos fueron a parar a una playa australiana. Uno de ellos se incrustó en la testuz de una vaca cuyo propietario recibiría la compensación económica de la NASA y la fama efímera que le reportó protagonizar un anuncio de una Compañía de Seguros.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

- Contingencia:** Posibilidad de que algo suceda o no suceda.
Avituallar: Proveer de vituallas (conjunto de cosas necesarias para la comida, especialmente en los ejércitos).
Mella: Vacío o hueco que queda en una cosa por faltar lo que ocupaba o hendía, como en la encía cuando falta un diente.
Mermarse: Hacer que algo disminuya o quitar a alguien parte de cierta cantidad que le corresponde.
Enervarse: Debilitar, quitar fuerzas. También, ponerse nervioso.
Mesiánico: Relativo al mesías. Sujeto real o imaginario en cuyo advenimiento hay puesta confianza inmotivada o desmedida.



Érase una vez, en verano...

«CREO QUE CON EL TIEMPO MERECEMOS NO TENER GOBIERNOS». JORGE LUIS BORGES

RELATOS DE
VERANO

El protagonista del relato ha decidido emprender un viaje por Europa para huir de su bella amante Helia. Debido al terror que sentía ante la idea de hablar con ella, le había dejado una nota en la cocina en la que le decía que padecía una enfermedad incurable. Él no soportaba su extraordinaria juventud. Pronto comprobaremos que estaba cargado de razón al tenerle miedo. El amor de Helia por él era devorador.



FERNANDO VICENTE

Último
travelling

por Alberto Omar Walls

Aunque no supiera cómo dominar el terror que le inspiraba encontrarse con ella, la había buscado antes de subirse al tren. Tres veces estuvo bajo el reloj de la estación y cruzó otras tantas las puertas del bar por si la veía entre el dinámico fluir de gente extraña. Los miedos le impidieron hablarle como lo hubiese hecho en otro tiempo, por eso la huida tenía que ser brusca. Se permitió dejarle una carta en la cocina. Era un simple pedazo de papel garabateado, dirigido a su joven amante poseída por un amor devorador. De verla en la estación, tenía preparada una justificación precisa para desarmarle los posibles deseos de continuar juntos. Nunca le diría la verdad: lo insostenible de su fastuosa juventud que lo envolvía en una perpetua desazón; su presencia le evidenciaba tanto las exigencias del presente como el riesgo de estar vivo. Se había descubierto estigmas claros en las ojeras, en la delgadez de su cara y cuerpo, donde se marcaban los huesos en la piel. En el papel le escribió que padecía una enfermedad incurable y que el médico había dictado que su única esperanza estaría en el corazón de la vieja Europa. Su obsesión de huir. Mentir nuevamente, qué más le daba.

Pero no veía a Helia en la Estación Internacional de Coimbra. Estaba seguro que de haber venido se habrían encontrado, porque la hubiese visto correr de un lado para otro levantando revuelos de simpatía. Quizá le bastó leer la carta. Removió la cabeza en el aire y sus obsesiones parecieron irse junto con algunas perlitas de

sudor. Se esforzó en dar el asunto por zanjado. Subió al primer escalón del coche, miró a ambos lados del andén y abrió la puerta del vagón. Con el billete en la mano fue a buscar su asiento. Hallándolo, dejó la maleta en lo alto, abrió el maletín, extrajo un libro, se sentó y cruzó el pie izquierdo sobre la rodilla derecha. Se sonrió porque a ella le indignaba ese gesto suyo de cruzar las piernas. Helia no soportaría verlo con las piernas entrelazadas porque la postura le daba un aspecto femenino que contrastaba con su dignidad de profesor. Él nunca entendió bien su juego de similitudes y contrastes. ¡Si lo viera fumar en boquilla! Abrió el libro de José Viegas que había comprado en un kiosco, se lo puso sobre las piernas y sin leer miró hacia afuera. Un reloj de la estación marcaba las menos veinte.

- Faltan cinco minutos -se dijo en un susurro, sólo cinco minutos...

En cuanto el tren se mueva tirará por la ventana su pasado destruido para poder empezar su nueva vida. Ah, quizá en París esté lloviendo. Con las prisas se olvidó del paraguas. Se sonrió al descubrir la nimiedad de la alarma cuando un nuevo susto lo metió a rebuscar en el maletín y bolsillos. De verse, descubriría en sus labios proyectados hacia afuera una antigua contrariedad infantil. ¡También se le olvidaron las gafas nuevas! Ese sí era un contratiempo, pues seguro que la falta de vista se le rebelaría expresando su inseguridad: en el cuerpo, doliéndole los ojos, montándose unas líneas sobre otras, impidiéndole leer una página seguida; y en lo psíquico, lo obsesivo de mirar para dentro, alejándose del mundo, reforzando inquietudes. Si no hubiera

escrito la carta y junto a ella olvidado sus gafas, habría empezado ya la lectura de *um Río*.

Los mareos siempre se acompañaban de dolores de cabeza. Serán miles de kilómetros seguidos sin poder leer una línea. Logra ver correr en el andén a una mujer con dos bolsos en las manos y, por un instante, piensa que es Helia quien llega a última hora montada sobre sus tacones de agujas, con la melena negra bailándole en la nuca y los dientes mordiendo por dentro los cachetes. Claro está que era otra la mujer, pues al acercarse pudo comprobar que había perdido altura y ganado vulgaridad. También porque la sonrisa de ella se convertía en hielo cuando estaba enfadada. La belleza y juventud de Helia no podían ser usurpadas aunque la mirara sin gafas y a través de la ventanilla de un tren que comenzaba su imperceptible andar.

Sentía el cuerpo dolorido, quejumbroso, como si fuera a enfermar de gripe y también eso le contrariaba. Iba camino de la soledad buscada y, aunque no podía permitirse mimos, la culpa fabricaba dolores. Y si se había olvidado de las gafas en casa de su amante, seguro que ella lo interpretaría como signo de haber perdido la capacidad de ver. En cualquier caso, todo indicio externo de inseguridad, era una insensatez. Pero también estaba su vieja ilusión de ese largo viaje en tren como recuerdo del que hiciera con sus compañeros de estudios en el último curso. Cuando el tren se movía presintió lo necio de la experiencia, no sólo ya de querer huir de Helia, sino esperar la revitalización de su ánimo a través de vivencias que sólo tenían valor en la memoria. Aunque no debió haberse enamorado de la Belleza, pudo haber huido al menos sin dejar rastro. Ninguna carta y una larga temporada en el Algarve era lo juicioso, pero quiso despidirse del Mondego y sus tierras adornadas con pintaladas invisibles de tristeza. Cree que la voz de los campos le va reprochando su amor des-

“ Aunque no debió enamorarse de la Belleza, pudo haber huido sin dejar rastro ”

medido con la más exquisita de sus alumnas y, aunque su vista deformase en la lejanía los colores, tonos y contornos, sorprendido descubre que la tierra le devuelve un rostro serio.

Alguien entra en el compartimento. Se trata de un muchacho flaco, descalzo y desgarbado que carga con una mochila. No es época vacacional y, por supuesto, ese muchacho no debía estar ahí. Hacía tiempo que nada encajaba. Cuando más feliz se encontraba con Helia tuvo que sorprenderle la sensación de que hacía de padre con una mujer a la que casi le triplicaba la edad. Él no había jugado nunca de niño a los trapos y las casitas, pero con ella lo haría más de una vez. Ni tampoco antes había hecho el amor una noche de plenilunio en el jardín de la Quinta das Lágrimas, ni en ninguno de los parques que rodean Coimbra y mecen sus árboles al son del aire húmedo y frío del Mondego. El estar a su lado debía presuponer que se poseían múltiples salvoconductos para hacer lo que viniera en gana. Algunos de ellos podían referirse al sexo en cualquier hora y lugar, vacaciones en toda época del año, fiestas desde el comienzo de la noche hasta la madrugada. Daba lo mismo que en Coimbra todo estuviera bien cerrado desde la diez y media, su olfato nocturno la conducía con seguridad hasta alguna recóndita catacumba donde los fados se columpiaban sobre el humo espeso del tabaco, trabándose en las miradas abotargadas de los bamboleantes parroquianos de la melancolía y el alcohol.

Debían estar cerca de Guarda porque aún era de día. Tras ver a su joven compañero de viaje sacar un bocadillo de la bolsa, sintió una repen-

ojos! Le ocurría lo mismo que con Helia cuando la descubrió una mañana sentada a la derecha del sexto banco de la clase pareciéndole que miraba y no miraba al mismo tiempo. Luego supo de su pequeño estrabismo, del porqué su mirar contenía la cínica sensación de ocultarle algo. Helia gustaba de buscarle a su mínimo defecto un símil esteticista: decía que contenía la sublime hipocresía del travelling. Comió demasiado en el coche restaurante. Ya de vuelta, se quedó fumando en el pasillo. Miraba la noche que al otro lado de la ventana semiabierta iba tiñendo de sombras y salpicados destellos los objetos enmudecidos por la distancia. Temía de la muerte la anónima oscuridad, esa extensa nada que jugaba a desentrañar de entre el vacío algunos perfiles difusos que remedaban lo vivo. Todo iba muy rápido y el monótono ruido de la máquina lo amodorraba. También el estómago estaba muy lleno, tanto que lo empujaba a irse del lado del sueño. Se volvió a su asiento. El joven se hallaba enroscado sobre sí mismo y se cubría la cabeza con las manos. Las cosas seguían en orden y sintió la necesidad de dejarse mecer por la indolencia. En la primera cabezada le asaltó la extraña premonición de haber estado huyendo inútilmente de Helia, pues en sus ojos de zoom la veía proyectada en dirección contraria a la suya: él huyendo pero ella, de frente, a su encuentro. Cuando se despertó tuvo la impresión de haberse quejado en alta voz. Sudaba y al tiempo de secarse la frente miró con desconfianza al joven. Una nueva sensación venida quizá de los sueños, le hizo recelar de aquella mirada torva.

Se propuso vigilar los movimientos del chico. Enciende un cigarrillo y tose, sonrío y mira por la ventana, hojea una guía de Europa, baja las piernas

“Iba camino de la soledad buscada y, aunque no podía permitirse mímos, la culpa fabricaba dolores”

tina sensación de hambre que lo obligaba a seguirle en el proceso de morder y masticar, ensalivar y deglutir el alimento. Helia había preferido, a veces, en algunas de sus escapadas juntos a Lisboa, un bocadillo de mortadela y queso blanco por encima de su ofrecimiento de ir a cenar al Gambinus. Nunca la comprendió, pero ante la presencia del muchacho de ojos entornados, concentrado en saciar el hambre, aceptaba que había perdido el placer de las sensaciones sencillas. ¿La amaría acaso ahora en las pequeñas cosas que su memoria emocionada descubría en cualquier persona? Viendo comer al chico de aquella manera le hacía sentir tanto apetito que lo metía en un mareo doloso. ¿Se trataba de su vieja incertidumbre voraz? Daba lo mismo en manos de quién dejaba sus pertenencias, debía ir al coche restaurante. Antes de conocerla tenía la costumbre de llevar pistachos en los bolsillos. Ella lo había atajado a tiempo, engordaban demasiado y le incorporaban nuevas manías. Conocer a Helia fue entrar en la continua renovación y el vaciado del viejo almacén de los hábitos. No comprendía qué querría decirle la mirada entreabierta del joven quien, no obstante, le despertaba algunos ecos de voces dormidas.

Sin pensarlo más se levantó de un salto y se dirigió al coche restaurante. Tenía las piernas entumecidas y el tren le recordó que debía guardar el equilibrio evitando la caída. Ahí no iba a estar su Helia para prevenirle. Pero el chico del departamento volvía a su mente inquietándolo: ¡sí, claro!, jeran sus

del asiento y las cruza, cuenta el dinero suelto de su monedero, se quita y vuelve a colocarse los cascos del walkman, bebe unos buches de cerveza, se recuesta hacia atrás y cierra los ojos, los vuelve a abrir mirándole con descaro, rebusca en la mochila, escarba hasta el fondo de ella, indaga en sus bolsillos, encuentra una navaja y se pone a pelar una manzana... Ahora el observado es el muchacho y quien vigila es aquél que cree estar huyendo de Helia. De tanto mirarlo, estaba ya seguro de haberlo visto antes. Claro, fue en Nazaré, en el verano. Como había sido todo rápido y la experiencia tan fugaz, estuvo dudando si había sido real. Pequeños flashes de imágenes ancladas en la memoria lo asaltaron como retazos inconexos que sólo en su ánimo hallaban justificación. Una callejuela de Praia donde dos hombres luchaban con navajas en un duelo a muerte. Él, que había desembocado sin buscarlo, estaba delante de ellos. El más joven, raudo, proyectó la hoja de un arma sobre el vientre del otro. En la sorpresa quedó mudo, pero ante el rasgo eterno de la herida abierta en el aire, lanzó un grito. Supo que el joven se percató de su presencia, pues en la penumbra del callejón descubrió el amago de amenaza con la punta alzada de la navaja. Echó a correr. Cuando miró hacia atrás aún vio el reflejo de la luna que en la noche hacía brillar la hoja húmeda del cuchillo. Pero él huía...

Si había descubierto ya que aquel joven que estaba enfrente fue quien una noche en Nazaré dio muerte a otro, tenía que averiguar por qué estaba en su mismo compartimento y sus manos jugaban con una navaja queriendo hacer creer que pelaba una

Alberto Omar Walls



Como creador, su labor en el mundo de la cultura abarca desde las artes escénicas y audiovisuales a las literarias, y ha ejercido de profesor, director, actor de teatro y cine y de gestor cultural.

Soledad de amores es la última novela de las 16 obras publicadas desde 1972, donde también hay poesía y teatro. En ella relata la búsqueda existencial de unos personajes sobreviven a las más confusas y dolorosas situaciones en donde la duda se presenta como la siempre hostil e insidiosa antagonista. Ganador de numerosos premios nacionales e internacionales por su labor como escritor y dramaturgo, Alberto Omar Walls nació en Santa Cruz de Tenerife en 1943, y desde que publica su primera novela, *La canción del morrocoyo*, muestra un especial interés por utilizar los múltiples y variados instrumentos que la cultura pone a nuestro servicio.

Como actor y director de teatro ha trabajado en obras de, entre otros autores, Miller, Giroudoux, Neville, Muñiz, Valle Inclán, Muñiz, Brecht, Lope de Vega, Zorrilla, Alfonso Paso, Arrabal, Ubillo, Darío Fo. En cine ha actuado en *Posición avanzada*, *Ibala*, *Último acto* y *La ciudad interior*. Además, ha sido guionista, productor y codirector del largometraje en 35 mm., titulado *Piel de cactus* (1999).

manzana. Decidió no perder de vista el lento y sinuoso desplazamiento en el aire de la aguda y cortante hoja. Con el rabillo del ojo controlaba el tirador de la alarma que se hallaba apenas a un salto. Su zapato izquierdo, que estaba libre y suspendido apenas por dos dedos del pie, podía proyectarse para impactarle en el arma. Además, estaba su maletín que le serviría de escudo y ataque. Pero debía antes esperar cualquier evidencia de que iba a ser atacado o descubrir, en medio de la mirada del joven, de que lo había reconocido como testigo del homicidio. De todas formas, en aquella noche de las fiestas de Nazaré, muchas cosas le habían pasado con Helia para que acabaran bebiendo demasiadas garrafas de vino blanco. Pudiera ser que el alcohol le hiciera confundir los rostros y los hechos y hasta los recuerdos, también puede que... ¿Por qué siempre teníamos que desconfiar de un desconocido?

Oyó un ruido casi imperceptible que venía desde la derecha y, al momento de torcer la cabeza en aquella dirección, tuvo el tiempo justo de ver en el marco de la puerta a su hermosa Helia que le apuntaba con una pistola. Quiso darle explicaciones, pedirle perdón, pero sólo fabricó una mueca con su rostro en el aire espeso. Al tiempo de ver el fogonazo tuvo la sensación de que un dolor suave le quemaba la cara, porque el mayor dolor surgió de saber que después del disparo el joven acompañante oíría una segunda detonación y vería caer pesadamente el cuerpo de ella sobre el suyo ya muerto.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

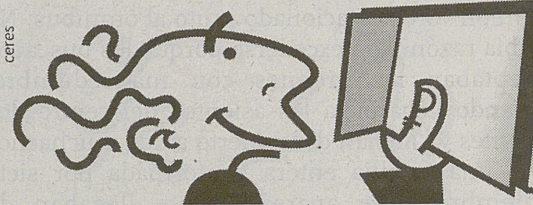
Mondego: Río portugués que baña la ciudad de Coimbra.

Gambinus: Uno de los mejores restaurantes de Lisboa, y posiblemente el más caro.

Quinta das Lágrimas: Es un palacete barroco convertido en el hotel más elegante de Coimbra. En sus jardines brota un fuente que, según la tradición, mantiene vivo el lugar donde fue asesinada la noble española Inés de Castro, amada del rey don Pedro, que reinó después de morir.

Fado: Canción popular portuguesa, especialmente lisboeta, de carácter triste y fatalista.

Travelling: Itinerario, viaje.



Érase una vez, en verano...

«LOS TONTOS, SI CALLAN, LO PARECEN MENOS».
PROVERBIO DANÉS

RELATOS DE
VERANO

¿Hemos estado todos en la ciudad californiana de San Diego? Para el autor del relato la respuesta no tiene ninguna duda: sí. Y nos va a explicar el porqué. Para ello vamos a acompañar en un hermoso día de otoño, la estación de la memoria, a una joven rubia llamada Hortensia Sierra, que al comienzo del cuento va en un autobús y se siente completamente feliz. Cuando termine de leer recordará que sí ha estado en San Diego.

Usted estuvo en San Diego



FERNANDO VICENTE

por Eduardo González Viaña

Usted estuvo allí, ¿se acuerda? Era una de esas tardes gloriosas del otoño en las que un color rojo invade lentamente el mundo. Había hojas rojas y amarillas en el cielo y en la tierra, y el ómnibus avanzaba indolente por las calles de San Diego, en la California púrpura y soñolienta de octubre. Era como una tour a través del otoño. El carro iba lento como flotando para que los turistas observaran el vuelo de las hojas, exploraran recuerdos en el aire y se extraviaran buscando el sentido de sus propias vidas.

Usted estuvo allí. No diga que no. El otoño es una estación de la memoria, aquí y allá y en cualquier parte, bien sea en un París amarillo de los setenta, en un San Francisco de fin de siglo, en algún puerto del Pacífico en Suramérica, en un pueblo cercano al Escorial, en una estancia próxima a Buenos Aires, o si no estuvo en ninguno de esos lugares, aun en una casa sin ventanas donde de todas formas se cuelan las evocaciones y el otoño. Por eso, de todas maneras, usted tiene

que recordar.

Para Hortensia Sierra, aquel era el día más resplandeciente de su vida. Había llegado esa misma mañana a California, y después de mucho tiempo pensaba que era feliz. Era un día que la hacía sentirse leve y libre como cuando uno es niño, o como cuando uno se va a morir, aunque tan sólo se tengan 26 años. Cuando entraba en una de las calles principales de la ciudad, el bus súbitamente se detuvo y la puerta inmediata al chofer se abrió para dejar pasar a un grupo de seis individuos uniformados.

Eran gente del Servicio de Inmigración, y andaban buscando extranjeros ilegales.

-Todo el mundo saque sus papeles. Sus papeles, por favor -dijo el que parecía ser el jefe, pero tuvo que reiterar la orden porque el chicle entre los dientes había tornado incomprensible su fonética castellana.

Resultaba fácil reconocer a los foráneos porque eran los mejor vestidos. Las señoras se habían hecho peinados de moda y los caballeros se habían comprado ropa nueva para confundir a los "americanos" quienes suponen siempre que los "hispanos" son sucios y pobres. Pero los

agentes sabían esto y, aunque el carro estaba colmado de personas de pelo negro, únicamente solicitaban documentos a los mejor vestidos y a los que posaban los pies en el suelo. Por su forma de sentarse, los que lo hacían a la manera de yogas con los pies sobre el asiento, o apoyándolos contra el respaldar delantero, podían ser chicanos o latinos poseedores de una visa legal que ya estaban adecuados a los modales de los gringos, y no había por qué molestarlos. Por otra parte, de acuerdo con los reglamentos, los hombres de la migra tenían que recitar exactamente el texto de sus manuales, y decirlo con cierta cortesía:

-Sus papeles, por favor. Por favor, señor.

Un señor, carente de documentos, no tenía cómo levantarse. Estaba solo en un asiento para dos personas y aducía que se le habían perdido los anteojos.

-Muévete de una vez. Anteojos, ¿para qué quieres anteojos?, ¿no les basta con el bigote a los mexicanos?, ¿también tienen sitio en la cara para anteojos?

El jefe reprendió con una seña al agente que había querido ser bromista, lo hizo salir del bus y le ordenó que controlase desde afuera la salida ordenada de los ilegales y su ingreso a un camión verde estacionado junto al ómnibus. No había razón para excederse porque los buscados aceptaban las órdenes con mansedumbre. Cuando llegaron a los asientos del centro, los agentes ya habían descubierto a dos muchachos y a una familia entera conformada por siete miembros que aparentemente llegaban de

“ Para Hortensia Sierra, aquel era el día más resplandeciente de su vida. Había llegado esa misma mañana a California. ”

Jalisco.

Usted dirá que no estuvo allí porque no conoce San Diego, porque no es mexicano ni anti-mexicano y porque los acontecimientos ocurrieron muy lejos de allá donde usted vive, pero no se olvide que la mayoría de los norteamericanos dispone de una geografía diferente a la que se usa en otras partes. Si usted es gringo, es normal; de lo contrario, es étnico, aunque haya nacido en Europa o Brasil. En muchos colegios y universidades, los estudiantes creen que su país se llama "América" y limita por el sur con una nación llamada México de la cual provienen los hispanos. Buenos Aires, Montevideo, Lima, Bogotá y Quito, según eso, están en México... Pero, en cuanto a usted se refiere, de todas formas, venga de donde viniera, nosotros tenemos pruebas de que ese día usted estuvo en San Diego.

Los policías no habían llegado todavía hasta Hortensia, y no podían notar que la muchacha estaba temblando y que las lágrimas se le salían sin que pudiera contenerse, pero el caballero sentado junto a ella sí lo advirtió. La miró un instante extrañado, pero no se decidió a preguntarle por qué lloraba.

No la habría creído ilegal porque la chica era rubia y desafiaba el estereotipo norteamericano según el cual todos los hispanos son "personas de color". Además, en el caso improbable de adivinar que estaba en problemas y de querer ayudarla, eso le habría resultado peligroso.

Por su parte, cuando Hortensia fuera aprehendida no iba a ser enviada solamente a su tie-

Había llegado a México con documentos falsos, pero en la última ciudad de ese país, la más próxima a Estados Unidos, tiró a un basurero los papeles y pasó hacia una calle de San Diego, vestida con blusa y jeans y parecida a cualquier otra joven de su edad nacida en el norte. En la esquina de las calles Maple y Main, abordó el bus y fue a sentarse cerca de usted.

No, por favor, no diga usted que las autoridades de los Estados Unidos iban a darle asilo. Los gringos piden pruebas. Necesitan papeles del país de origen en los que el gobierno diga que persigue a esa mujer por disidente, o quieren ver la sentencia exculpatoria de un juez, pero cualquier juez de su país de origen, a ojos cerrados, la habría declarado terrorista. Los únicos que pueden conseguir papeles correctos de disidente perseguido, en ese caso, son los soldados encargados de perseguir a Hortensia a través de las fronteras.

Pero la joven seguía llorando, y el señor sentado a su costado no pudo contener la pregunta sobre su estado de salud.

-No es eso. Lo que pasa es que no tengo papeles. Soy ilegal, y los agentes van a detenerme.

-¿Qué hizo usted entonces? Buena pregunta, ¿no? Usted sabe que según las leyes de inmigración, a los ilegales se les envía a su país de origen, pero quienes los ayudan pueden ser considerados contrabandistas de seres humanos y podrían ser enviados a prisión por algunos años.

El hombre miró alternativamente a los soldados y a la mujer que estaba a su lado, y luego no pudo contenerse. Una mueca de cólera se dibujó

“Unos meses atrás, en su país, un pelotón de soldados había forzado la puerta de su casa a medianoche.”

rra, sino a encontrarse con su destino. La muerte iba a recibirla agitando pañuelos y tomándose fotos en los corredores del aeropuerto. Como una madre cariñosa, la muerte iba a decirle "ven hijita querida, hace rato que te andaba esperando". La muerte estaba cerca de ella por motivos que ahora desfilaban velozmente por su memoria.

Los motivos de la muerte y los recuerdos se mezclaban en la calle con las hojas rojas y amarillas que inundaban el cielo y la tierra, y estaban sepultando al autobús. Unos meses atrás, en su país, un pelotón de soldados había forzado la puerta de su casa a medianoche. Buscaban a un terrorista, según dijeron después, pero la verdad era que estaban interesados en repartirse la bien surtida tienda que la Hortensia y su esposo poseían. Se acercaba Navidad y los militares querían llevar algunos regalos a sus familias. El marido fue asesinado de un balazo, pero a la muchacha no la vieron al comienzo. Cuando terminaban de desvalijar todo lo que encontraron, movieron un mueble y apareció la joven:

-¿Y esta gringuita? ¿de dónde ha salido?... No estaba en el inventario, pero no está nada mal. Vamos a tirar una moneda al aire para ver a quién le toca primero.

En su desesperación por escapar, Hortensia había levantado el fierro de la puerta y había dado con él en la cabeza del comandante que cayó pesadamente... Después, todo en su vida había sido correr y esconderse, y esconderse y correr a lo largo de un continente largo y colmado de fronteras, arruinado, espacioso y maldito.

en su cara. Se puso extrañamente rojo, tan rojo como aquella tarde de otoño en San Diego.

-¡Y qué piensas, estúpida! ¡Qué estás pensando, perra! ¡Cómo se te ocurre seguir sentada a mi lado!

Tal vez me equivoco y de veras usted que me lee no estuvo allí. Quizás tampoco yo estuve. Es posible que esta historia la haya leído en alguna parte, lejos de aquí, pero no la estoy inventando. Creo que escuché algo similar sobre la Alemania de Hitler a un viejo rabino en la escuela judía de Teología, frente a la de los jesuitas, que yo solía frecuentar cuando era profesor visitante de la universidad de Berkeley. Pero usted y yo estábamos en ese bus, aunque tratemos de negarlo.

Cuando usted va hacia algún lado, no tiene por qué preocuparse porque no pertenece a ninguno de los grupos humanos que sufren o han sufrido persecución y odio. Y, sin embargo, usted comparte el mismo mundo, o acaso el mismo bus, y hay siempre una opción o una tarea que lo está esperando.

A veces la tarea requiere sacrificio personal y riesgo, y entonces usted camina hacia adelante y se encuentra con su destino, lo cual no significa que usted tenga que asumirlo. Significa solamente que usted va a saber exactamente en qué mundo está viviendo y quién es usted de veras.

Creo recordar que el rabino de Berkeley nos decía que uno no ejercita la libertad solamente haciendo lo que uno quiere. La cobardía, por ejemplo, no es un ejercicio de la libertad. Pero cuando usted acepta la tarea que el destino le ha puesto delante, entonces usted se convierte en

Eduardo González Viaña



Eduardo González Viaña nació en Chepén, La Libertad (Perú). En el vecino puerto, Pacasmayo, discurrieron su infancia y su adolescencia, y ello daría el fondo marino de su primer libro de cuentos, *Los peces muertos*, así como la entrañable nostalgia por el norte peruano que es ostensible en toda su obra. Tal vez el recuerdo más terco, el que más se repite en sus libros de memorias -*Los Correos*- es la ciudad de Trujillo y su universidad en la que se graduaría como abogado y haría estudios doctorales de literatura. Estuvo seis años en Europa y estudió Lingüística y Literatura en España y de Etnología en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. El periodismo, una actividad que ha cultivado todo el tiempo, lo llevaría a diversos escenarios de guerras en África y a ser testigo en Irán de la caída del Shah y la revolución fundamentalista. Desde los 90, González Viaña reside en Estados Unidos y es catedrático en las universidades de Berkeley y de Oregon. Sus textos se centran en la inmigración de los hispanoamericanos. Ganó el premio Juan Rulfo en 1999.

una persona libre. Quizás ésa sea la única forma de ejercer la libertad. Puede ocurrir en Munich, en Santiago de Chile, en Buenos Aires, en Lima, en Arkansas, en Miami, en cualquier lado y momento en que por cualquier motivo se odie o se torture, se maltrate o se viole, se insulte o se persiga, se encarcele o se asesine a alguien que viene al costado de usted, sentado dentro del mismo mundo.

¡Estúpida!...! ¡Y se te ocurre decírmelo a estas horas!

El hombre no podía contener la ira, y cuando los agentes de Inmigración se acercaron a preguntarle por qué armaba tanto escándalo, levantó sus papeles de identidad norteamericana con la mano derecha mientras seguía gritando:

¡Llévensela! Mi mujer ha olvidado sus papeles otra vez... y otra vez vamos a perder el tiempo en la oficina de ustedes... y yo estoy que me muero de hambre. Ella siempre hace esto... ¡Ustedes deberían llevársela para que yo vuelva a ser soltero!

Los agentes rieron, hicieron una broma, mascaron más chicles y bajaron del carro. Años después, en Oregon, Hortensia Sierra contaba que nunca había vuelto a ver a su benefactor. Ni siquiera supo alguna vez su nombre. Se lo contó a alguien que me relató la historia con algunos detalles adicionales, y por eso conozco algunos secretos de usted, y le pregunto de nuevo: ¿está seguro de que nunca ha estado en San Diego?

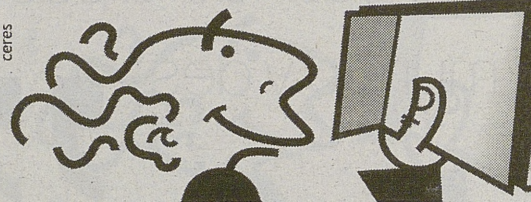
DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Chicano: Se dice así del ciudadano de Estados Unidos de América perteneciente a la minoría de origen mexicano allí existente.

Rabino: Maestro hebreo que interpreta los textos sagrados. También, jefe espiritual de una comunidad judía.

Berkeley: Prestigiosa universidad norteamericana cerca de San Francisco. Fue fundada en 1878 y está reconocida mundialmente por su excelencia académica.

Gringo: Extranjero, especialmente de habla inglesa. En América en general, estadounidense.



Érase una vez, en verano...

«ABURRIRSE ES BESAR A LA MUERTE».
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

RELATOS DE VERANO

Viviana y el narrador del relato están enamorados. El problema es la distancia. Él está en Berkeley, California; ella en Cochabamba, Bolivia. Hablan con frecuencia por teléfono, pero eso no basta. Las relaciones son esas minucias que nos pasan cuando estamos ocupados haciendo o diciendo cosas importantes, y lo de ellos es una ausencia de minucias. Cuando a él le pregunten sobre la veracidad de su última obra, dirá que es ficción.

Amor a la distancia



,bla,
a,bla,
,bla...

FERNANDO VICENTE

por Edmundo Paz Soldán

Anoche, mientras salía de mi departamento con dos botellas de vino tinto entre las manos, se me ocurrió, Viviana, que tú jamás sabrías de ese pequeño detalle si yo decidiera no contártelo. Las botellas de vino tinto, la sonrisa en los labios, el aire de expectativa ante la inminencia de una fiesta que prometía mucho y efectivamente cumplió: pequeños detalles que tú quizás jamás sepas, así como yo no sé de tantos pequeños detalles tuyos. Dicen que las relaciones son precisamente esas minucias que nos pasan mientras estamos ocupados haciendo o diciendo cosas importantes, y lo nuestro es una ausencia de

minucias, nos contamos algunas cosas pero no es suficiente, ésta es la naturaleza de la relación a la distancia, tres o cuatro meses de hablar por teléfono una o dos veces por semana, en general quince minutos y en el mejor de los casos media hora, si tenemos suerte una buena conversación y si no los inevitables malentendidos, las frases a medias, las diferencias de tono (cómo importa el tono de voz en el teléfono, la forma es más importante que el fondo) porque a veces uno se siente muy cerca de la otra persona y la otra no y viceversa, así hasta el reencuentro y el regreso de las minucias al menos por un tiempo, hasta la próxima separación.

En la fiesta conocí a una chica española, Cristina, había llegado a Berkeley por dos semanas a visitar a su hermana. Hubo una conversa-

ción trivial, hubo un par de sonrisas sugerentes y vino tinto y cerveza, hubo el contagioso merengue de Juan Luis Guerra y de pronto, Viviana, me encontré bailando con exaltada pasión. La estaba pasando muy bien y por ese momento pude olvidar el allá y el futuro, los diversos territorios y tiempos en los que uno habita en una relación a la distancia, y concentrarme en el acá, en el ahora. Luego me sentí culpable, como siempre me siento cuando la paso bien sin ti, cuando me dejo llevar por el ruido del mundo y descubro que también puedo ser feliz en tu ausencia. Para alguien que nunca dudó de ninguno de los mitos que generaciones pasadas nos legaron acerca del amor, esa verdad produce angustia y amargura: porque uno cree literalmente en los mitos y cuando descubre el amor

“ Luego me sentí culpable, como siempre me siento cuando la paso bien sin ti, cuando me dejo llevar por el ruido del mundo y descubro que también puedo ser feliz en tu ausencia ”

“Y, así, Viviana, nuestro amor se convierte en un amor más”

piensa que es cierto, uno no puede vivir sin el ser amado, sin ese ser al lado hay insomnios continuos y una desgarrada, quieta desesperación (lo que tienen que soportar las almohadas) y a veces no tan quieta. Angustia y amargura, porque uno descubre que puede vivir sin el otro ser, la impiadosa vida continúa y hay que sobrevivir, de algún modo hay que ingeniársela para construir un mundo en que la otra persona esté pero no esté, sea imprescindible pero no sea imprescindible.

Y así, Viviana, nuestro gran amor se convierte en un amor más, un amor que pudo no haber sucedido aunque nosotros creamos que el destino nos tenía reservados el uno para el otro, un amor lleno de debilidades y olvidos y traiciones como el de tantos otros, un amor que después de todo es lo único que tenemos y es lo único que nos va a redimir de una vida llena de debilidades y olvidos y traiciones.

Cuando te llame el domingo, comenzarás por contarme lo que hiciste esta semana, un par de veces a comer salteñas al Prado, con tus amigas, el miércoles a las Torres Sofer con tu mamá, lo demás rutina, amor, sabes lo aburrida que es Cochabamba. Luego me dirás que me extrañas mucho y me preguntará qué hice esta semana. Y yo también te diré que te extraño mucho y te narraré la historia de esta semana. Será una narración despreocupada, con un tono casual de voz, acaso palabras diferentes a las del anterior domingo pero siempre el mismo mensaje, por aquí no pasa nada, sin ti no pasa nada, me aburro mucho y me siento solo y no veo la hora de volver a verte. Si tuviéramos una relación libre sería diferente, podríamos contarnos las cosas que hacemos, con quién salimos y etcétera, pero el problema es que ninguno de los dos puede aceptar una relación así, nos creemos modernos pero no tanto, hemos decidido que si hay verdadero amor hay fidelidad y confianza, con nuestras palabras hemos creado un amor en el que no podemos fallarle al otro, en el que ambos valoramos muchísimo la fidelidad y confiamos muchísimo en el otro.

Hemos creado una pareja que está muy por encima de nuestra realidad, y ninguno quiere ser el primero en destruir esa imagen. Es verdad que me siento muy solo y no veo la hora de verte, pero no es verdad que no pase nada (siempre pasan cosas). Te diré que el viernes fui a una fiesta, que estuve hasta temprano y pensé mucho en ti, que sentí mi soledad magnificada ante el espectáculo de tantas parejas felices juntas, amor odio la relación a la distancia pero lo hago sólo por ti, tú vales la pena cualquier sacrificio. Y es verdad que tú vales la pena, que no te quiero perder. Pero tampoco te puedo contar muchas cosas porque sin secretos ninguna relación subsistiría: imposible tolerar la verdad y la verdad y nada más que la verdad. Cómo contarte, por ejemplo, que después de la medianoche besé a Cristina en el balcón con un ardor que no sentía hace mucho. Cómo contarte que un par de horas después, en el jardín y protegidos por las sombras, Cristina deslizó su mano derecha entre mis ropas hasta encontrar lo que buscaba, y cuando lo encontró no lo soltó hasta que yo tuve que pedirselo por favor, era tanto el placer y luego el dolor.

Cómo contarte, Viviana, que Cristina y yo, ebrios y olvidados de todo excepto de los dos, nos fuimos a mi departamento y allí nos embarcamos

en un viaje de jadeos y temblores hasta el fin de la noche. Pero, ¿existieron alguna vez los amores perfectos? Acaso en la relación a la distancia existan personas que actúen a la altura de las circunstancias, que piensen imposible fallarle al otro por diversas razones, acaso por amor, acaso porque no quieren fallarse a sí mismos. Es, después de todo, una prueba de carácter, de fortaleza moral. Pero la mayoría de nosotros somos bajos, no estamos a la altura de las circunstancias, la otra persona no está cerca y uno tiene tanto tiempo libre, las tentaciones acosan sin descanso y una cosa lleva a la otra y la carne es tan, tan débil.

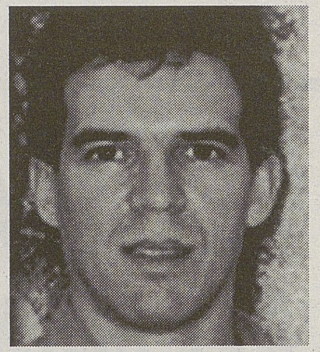
El primer paso es muy difícil, las cosas están tan frescas todavía, uno va a una fiesta y el rostro y la piel y las palabras del ser ausente están con uno todavía, por favor, prométeme que jamás me fallarás, te amo tanto tanto. Y uno se siente tan orgulloso de ser fiel, Viviana, de saberse respondiendo a la confianza depositada, seguro que tú algún rato también sentiste lo mismo. Pero después, uno se aburre y hay tanto tiempo libre, uno va cediendo poco a poco, uno llama a esa morena de la linda sonrisa que uno conoció por azar (el azar es culpable de todo, de las pequeñas aventuras, de los grandes amores) mientras aguardaba al bus, la morena de conversación superficial y nombre poético, Soledad, pero uno se olvida poco a poco de la conversación superficial y se acuerda de la linda sonrisa y del nombre poético, y una noche uno está estudiando y el estudio aburre y el teléfono tonta, por qué no, no pasará nada, charlar no es un pecado. Así, casi imperceptiblemente, se inicia la cadena de pequeñas traiciones.

Con la morena no pasará nada, acaso un café (la conversación superficial) y un par de leves insinuaciones y el miedo inmenso de que esas insinuaciones sean tomadas en serio, no pasará nada pero después uno está más predispuesto para la próxima, ojalá que sea una persona muy interesante, después será el fugaz enigma de Sofia y cuando uno llega a darse cuenta del territorio en que ha ido a parar ya es tarde, ya es muy tarde.

Mis amigos dicen que en realidad no estoy enamorado, sino no sería capaz de hacer lo que hago. Sin embargo, Viviana, pienso que ya he pasado la etapa de la visión maniquea del mundo, pienso que puedo ser capaz de amarte mucho, y acaso aún más que antes, al mismo tiempo que suceden las cosas que suceden aquí. Sería acaso mucho más fácil para mí que una cosa excluya a la otra, pero no, una cosa es el amor y otra la necesidad, nuestra inherente fragilidad, la hermosa espina de la tentación, el miedo que tenemos a quedarnos solos, lo fácilmente que estamos dispuestos a desprendernos de nuestros principios por unas horas de ternura y placer, un instante de compañía. Una cosa es el amor y otra la distancia, o al menos eso es lo que creo ahora, eso es lo que quiero creer ahora, quizás cuando estemos juntos de una vez por todas y para siempre las cosas sigan así, de vez en cuando la tentación, de vez en cuando la fragilidad, tampoco es una cosa o la otra, la distancia o la cercanía, las pequeñas traiciones pueden aparecer en ambas situaciones, el amor puede continuar con pequeñas traiciones en ambas situaciones.

Y no soy ingenuo, y sé que lo que hago lo puedo estar haciendo tú también, acaso tu ida a la discoteca el anterior fin de semana, con tus amigas, haya acabado en las faldas del San Pedro, la

Edmundo Paz Soldán



Ganador del prestigioso Premio de cuento Juan Rufo 1997, nació en 1967 en Cochabamba, Bolivia. Es doctor en Literatura Hispanoamericana (UC-Berkeley, 1997). Enseña literatura latinoamericana en Cornell, Estados Unidos. Sus cuentos han sido traducidos al inglés y alemán, y han aparecido en antologías en España, Suiza, Alemania, Estados Unidos y Bolivia. Relatos como éste se pueden encontrar en *Amores imperfectos*, Ed. Alfaguara.

silueta recortada del Cristo de la Concordia en la cima, con el fondo de la suave música que emanaba de la radio del auto del desconocido de ojos negros con el que te cruzaste al ir al baño, pensaste qué hermosos ojos y así comenzó todo. No soy ingenuo, y probablemente tú tampoco lo seas, pero lo cierto es que estamos atrapados por nuestras propias imágenes de lo que queremos pero no podemos ser, y no podemos decir ciertas cosas, no podemos confirmar ciertas sospechas, todo está bien entre los dos mientras no digamos en voz alta (o acaso un susurro baste) todas aquellas cosas que sospechamos y preferimos no oír. Para seguir, debemos continuar con nuestro secreto a voces. Apenas alguien abra la boca, se romperá el encantamiento.

Por eso jamás te enviaré esta carta. Preferiré publicarla en el suplemento literario de algún periódico, escudado en la ficción. Y cuando alguna de tus amigas que haya leído el cuento te pregunte cómo puedes seguir conmigo después de mis públicas admisiones, tú me defenderás y le dirás que no confunda la realidad con la fantasía, le dirás que ése es el precio de enamorarse de un escritor. Pero acaso algún rato te venga la duda, y me confrontes y me pidas que te diga con toda sinceridad si hay algo autobiográfico en ese cuento. Y yo recordaré el momento en que lo escribí, este momento, las once de la mañana en mi habitación, Cristina todavía durmiendo en mi cama, con la respiración acompasada y lejos de mí y del mundo, el perfecto cuerpo desnudo, la perfumada piel canela, y recordaré haber hecho una pausa antes de terminar de escribir el cuento, una pausa para admirar el cuerpo desnudo, y te diré sin vacilaciones que no, ese cuento no tiene nada autobiográfico, ese cuento es una ficción más, todo lo que se relaciona conmigo es, de una forma u otra, ficción.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

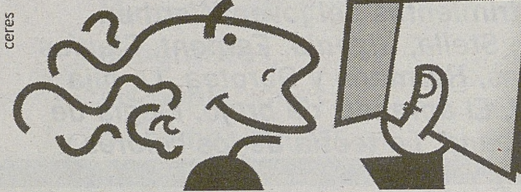
Berkeley: Universidad localizada en California, Estados Unidos. Es una de las más solicitadas por los estudiantes norteamericanos y extranjeros.

Merengue: Danza popular, conocida en varios países del Caribe.

Salteñas: En Argentina y Bolivia, empanada típica con relleno de carne, ají y otros ingredientes.

Cochabamba: Es la tercera ciudad más grande de Bolivia. Fue fundada en 1574 por los españoles con el nombre de Oropeza. En el cerro de San Pedro se encuentra la monumental escultura del Cristo de la Concordia, del artista César Terrazas Pardo.

Maniqueo: Seguidor de Manes, pensador persa del siglo III que admitía un principio creador para el bien y otro para el mal.

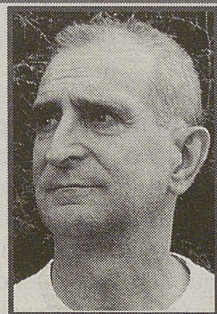


Érase una vez, en verano...

«LA FELICIDAD ESTÁ EN LA IGNORANCIA DE LA VERDAD». GIACOMO LEOPARDI

CITAS ILUSTRES

Ilustradas



Texto: José Luis Serna
Dibujo: PPT

Nuestros cuerpos precisan la actividad constante del corazón para permanecer con vida. El impulso que cada latido imprime a la sangre hace que ésta viaje por todo nuestro interior, dando vida a cada una de las células que necesitamos para pensar, acariciarnos, para entender lo que miramos, disfrutar la música o para recordar el rostro de nuestros padres. Los cuerpos se mantienen con vida como las bicicletas permanecen erguidas, gracias al movimiento. Sólo cuando cesa esta actividad es cuando nos llenamos de muerte, cuando ganamos la quietud y dejamos de bailar un agarrado con la existencia, a pesar de que en un último intento de quedarnos aquí la susurramos al oído que siempre la hemos querido.

Si el motor de nuestro cuerpo es el corazón, el de la sociedad es el deseo, ese movimiento de nuestra voluntad que nos lleva a la posesión, disfrute o conocimiento de algo. La satisfacción de un deseo produce un estado de bienestar tan grande como de infelicidad la insatisfacción.

Deseo de conseguir un beso suyo, de estar sano, de tener un trabajo digno y bien remunerado, de ser apreciado por mis conciudadanos y contribuir a la prosperidad de la sociedad en la que vivo, de tener una buena calidad de vida,

de gozar de tiempo libre, de ser tratado justamente, de poseer una vivienda digna, de perpetuarme, de conseguir protección para mis hijos, de disfrutar de un medio ambiente saludable, de adquirir seguridad como ciudadano, de gozar con una red sanitaria que me ampare, de colaborar con mi opinión y mi voto en el desarrollo de mi país, deseo de ser querido, de ser feliz. Cada uno de estos deseos y de todos los que se puedan incluir me invitan, nos invitan a la acción, y es esta la salsa que pone el sabor al trayecto vital. Decía Cervantes que el placer del viaje no está en la posada que se encuentra al final, sino en el propio viaje.

Ya se que se dice que el trabajo es una maldición, que tiene que ser malo porque si fuera bueno no pagarían por realizarlo, ya sé que no es gratificante trabajar en algo que a uno no le gusta, pero se que la gran mayoría de los habitantes del mundo deseamos trabajar, bien haciéndolo como fin para sentirnos realizados, es decir, sabernos útiles a alguien, o como medio para conseguir satisfacer cualquier tipo de deseo, o quizás ambas posibilidades a la vez.

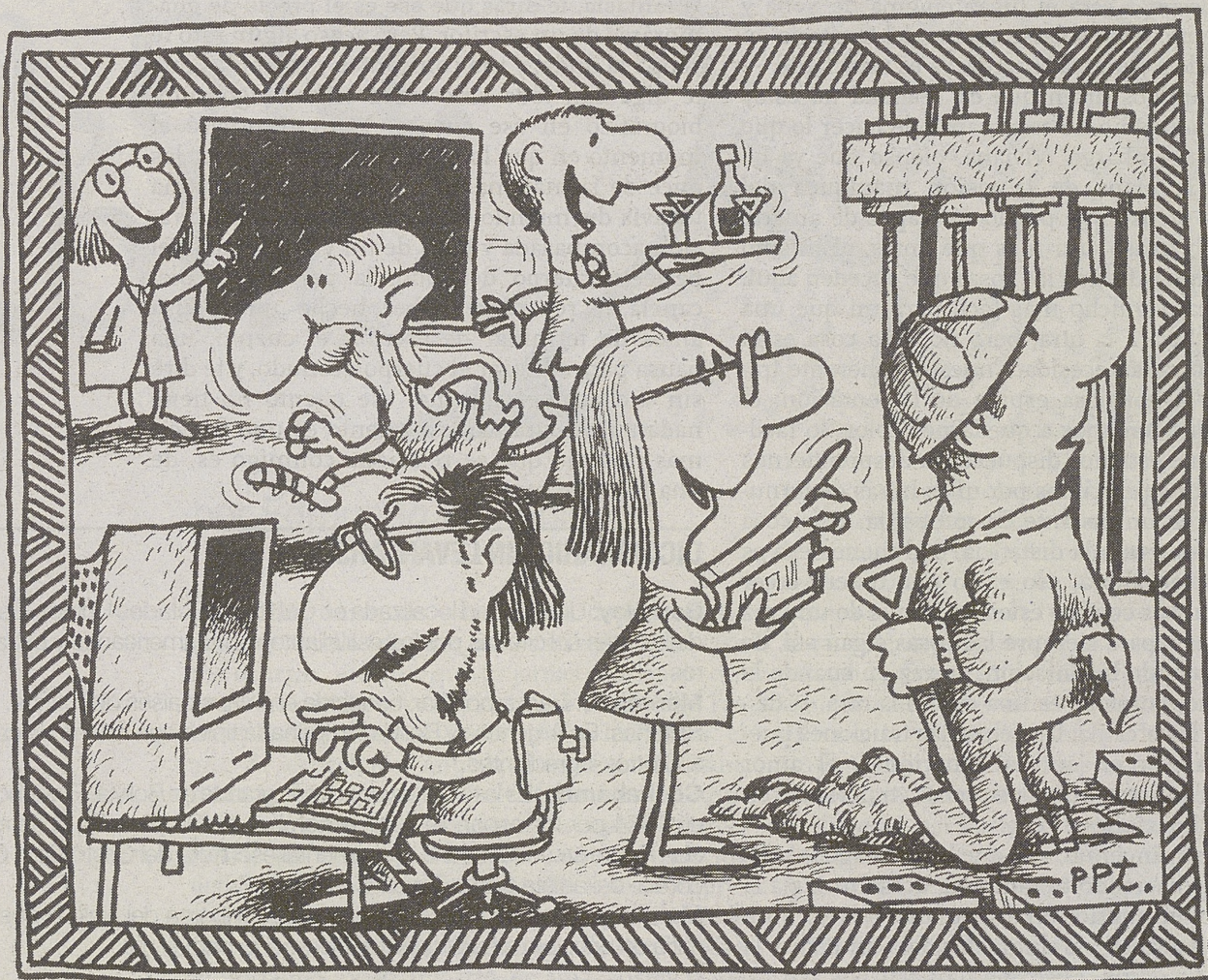
En la estupenda película de José Luis Guerín, *En construcción*, documental sobre la destrucción y posterior levantamiento de unos edificios

en un barrio de Barcelona a finales del siglo pasado, aparece un albañil que se interpreta a sí mismo cuya única vida es el trabajo, la colocación de un ladrillo tras otro, un día después del anterior, siendo los sábados por la tarde y los domingos, de descanso forzoso, los que desearía eliminar de su existencia porque no los sabe llenar de contenido satisfactorio y los borra emborrachándose hasta el lunes a las seis de la mañana. Es una locura del mismo tipo de la que padecen otras personas que se olvidan de familia y amigos para consagrarse en exclusiva a su actividad, llegando a preferir el estrés laboral al sexo con su pareja. En su trabajo encuentran todo lo que necesitan para ser felices, o se refugian en él huyendo de otras vidas en las que no son protagonistas y que les satisfacen menos. Sea como sea esta hiperactividad laboral, me parece desproporcionada en tanto en cuanto se aleja de una parte de la realidad, como si por propia decisión una persona abandonara uno de sus pies apoyándose solo en el otro para caminar.

Al evocar la película de Guerín he recordado otra, también espléndida, en la que se aborda el tema de la inactividad forzosa, del paro, se trata de *Los lunes al sol*, de León de Aranoa. Javier Bardém y Luis Tosar nos enseñan la dureza de unas vidas vividas sin los latidos de la actividad, en las que reina la desesperanza bajo un sol que baña sus cuerpos durante las horas en las que otras personas son útiles al realizar un trabajo que les permite llevar una vida independiente. Recuerdo ahora con cariño a los ancianos que impedidos para cualquier actividad que signifique un esfuerzo se contentan con un ligero paseo y un descanso largo con la vista apoyada sobre ningún sitio. Ese pequeño trabajo, la dulzura de un buen tiempo y algunos recuerdos construyen su felicidad.

JOHANANN W. GOETHE (1749-1832) Escritor alemán.

Constituye el valor más alto de las letras alemanas y uno de los genios universales más completos. Realizó sus primeros estudios con profesores particulares que le enseñaron latín, griego, italiano, inglés, música, dibujo, yiddish, francés y hebreo. Más tarde se graduó en Derecho mientras realizaba experimentos físicos, químicos, geológicos y botánicos. Varios hechos marcaron su existencia: las relaciones con numerosas mujeres, la amistad con el poeta Schiller, sus viajes, especialmente a Italia donde residió y la influencia de Herder. Su obra estrechamente ligada a su prolifera vida (llegó a ser ministro de finanzas de su país), se alimentó siempre de esta y lo expresó en sus obras, entre las que destacan: *Fausto*, su obra maestra, *Los sufrimientos del joven Werther*, *Clavijo*, *Stella*, *Ifigenia*, *Egmont*, *Elegías romanas*, *Hermann y Dorotea*, *La hija natural*, *El aprendiz de brujo*, *Elegía de Marienband*, *La teoría de los colores* y *Poesía y verdad*.



LA ACTIVIDAD ES LO QUE HACE FELIZ A LAS PERSONAS. (GOETHE)